

## SOBRE LA AVENTURA DE LA FE

ANTONIO JIMÉNEZ ORTIZ

### *La fe interpersonal como fundamental experiencia humana*

Cuando decimos a una persona que creemos en ella lo, que hacemos es aceptarla como alguien importante en nuestra vida. Creer en alguien es fiarse totalmente de él, reconocerlo, aceptarlo, participar de su vida, de su saber, de sus convicciones, de su visión del mundo y de los hombres. Por eso sólo es posible concebir la fe como encuentro personal.

La fe no es, por tanto, un saber aproximado o un conocimiento de carácter secundario. Es el único medio que posibilita la relación personal entre los individuos. Y así no puede ser sustituida por nada, ni puede ser superada ni eliminada por la ciencia o por la técnica, que no son realizables sin la fe humana. Sin ésta no puede existir la vida, porque no serían ya posibles ni el encuentro, ni la amistad, ni la reconciliación, ni el amor... nada de lo más importante de nuestra existencia.

Y, porque me fío de una persona, acepto sus verdades, su palabra. Creer es, ante todo, tener una relación personal con alguien y, además, como consecuencia, aceptar un conjunto de verdades que me propone esa persona. El núcleo de la fe consiste en la afirmación y en el reconocimiento del Tú en cuanto persona, que se nos abre y se nos revela en su intimidad. Con esto se acepta cada una de las afirmaciones provenientes de esta persona: se acepta lo que ella dice y promete. Las afirmaciones no pueden desligarse de la persona, sino que están esencialmente vinculadas a ella. Se aceptan las palabras porque se acepta y se reconoce a la persona. La fe es la decisión por alguien, decisión que se toma en libertad y, en último término, por amor. Esta decisión no es ciega, ni caprichosa ni irracional, sino que se funda en el conocimiento personal. Tal decisión es un acto que compromete todo nuestro ser, nuestra inteligencia y nuestra voluntad.

### *La búsqueda de sentido y la fe religiosa*

Somos conscientes de que la fe no nos evita ciertos problemas, ciertas preguntas decisivas sobre nosotros mismos, sobre los demás, sobre la historia,

sobre la realidad que nos rodea: ¿Por qué existe el sufrimiento? ¿Por qué tenemos que enfrentarnos a la oscuridad de la muerte? ¿Por qué el amor, la ternura, la belleza, no duran para siempre? ¿Por qué existe lo que existe? ¿Para qué?

Todas estas preguntas apuntan hacia lo que llamamos la cuestión del sentido, que surge, de manera especialmente aguda, en las experiencias de dolor, frustración o fracaso. Aquí sentimos la ausencia del sentido al no comprender lo que acontece, al vernos sumergidos en el desconcierto. Una experiencia extrema del absurdo es la experiencia de la muerte, sobre todo de la muerte como truncamiento de una vida llena de esperanza, de la muerte cruel, injusta, violenta.

Y a pesar de estas experiencias negativas, se da en el hombre una nostalgia vital y una voluntad apasionada que se niegan a aceptar que el sin sentido, el mal, el odio o la injusticia tengan la última palabra. Se vive de la esperanza de que la duda torturante tenga una solución, de que a las grandes preguntas del ser humano haya una respuesta definitiva. La realidad es siempre mayor que nosotros mismos: a pesar de nuestros saberes y de nuestros poderes, no dominamos ni la totalidad del mundo, ni la totalidad de la historia, ni siquiera la totalidad de nuestra vida. ¿Dónde encontrar la clave que nos haga, al menos, inteligible lo que nos rodea? ¿Dónde podemos descubrir el sentido último que, supuestamente, lo sostiene todo? Preguntas siempre planteadas por el hombre.

La cuestión del sentido puede ser rechazada como improcedente en el plano intelectual, pero en la vida concreta es totalmente inevitable. Todo hombre vive, consciente o inconscientemente, de un proyecto de existencia. Y cuando está en juego la orientación fundamental de nuestra vida todo individuo cree, aunque no acepte la fe religiosa. También la increencia es una decisión ante la realidad total. A este nivel no se trata de saber o de creer, sino sólo de distintas maneras de creer. Y una manera posible de darle sentido a la realidad es la aceptación creyente de alguien que lo sostiene todo y a quien, en la historia de las religiones, se le ha llamado, de una u otra forma, Dios. Con introducir a Dios en la cuestión del sentido no desaparecen, sin embargo, todas las sombras que lo ocultan. Pero se descubre que es posible vivir de una confianza básica en aquél que, siendo la fuente del ser y de la vida, permite tener la esperanza de encontrar en lo fragmentario y provisional el sentido último, que todo lo abarca.

#### *La fe cristiana: confianza en Dios y aceptación de su Palabra*

Los cristianos somos creyentes que afirmamos que Dios se ha revelado definitivamente en la persona de Jesucristo, en su vida, en su muerte y en su resurrección. En el marco de la tradición religiosa judía en la que trascurre la existencia de Jesús de Nazaret nosotros reconocemos al Dios de Israel como el Dios en el que él cree y anuncia como creador del universo, como señor de la

historia, como padre de infinita ternura. En Jesús de Nazaret se ha realizado, como en ninguna otra figura de la historia de las religiones, lo que significa la fe y lo que implica como fundamento de la existencia en Dios, como confianza, como entrega total, como luz que ilumina todos los caminos de la vida, incluso aquellos que, desde el punto de vista humano, conducen a la oscuridad, a la soledad, a la ausencia y al silencio de Dios.

Pero Jesús no es para nosotros solamente un creyente radical o, simplemente, un enviado de Dios. Él es la revelación definitiva e insuperable del misterio de Dios, porque decimos que pertenece de forma única y esencial a ese misterio: él es el Hijo de Dios. Por eso lo específico de la fe cristiana no consiste en creer con Jesús y como Jesús, sino creer en Jesús, el Cristo, y fundamentar la propia existencia en su persona y en su seguimiento. El centro del cristianismo es Dios Padre, revelado en Jesucristo, su Hijo, por el amor del Espíritu Santo.

Por tanto, la fe tiene ciertamente un contenido que no puede ser ni olvidado ni mutilado. En la experiencia cristiana el acto personal de fe y la aceptación vital de su contenido deben estar unidos de forma indisoluble. Ningún elemento puede prescindir del otro. Si se pregunta dónde radica lo decisivo de la experiencia cristiana, habrá que responder: en la fe, en cuanto que fundamenta la existencia en la persona de Jesucristo. Quien vive eso con coherencia, tiene la fuerza necesaria para prestar también su asentimiento al contenido de la fe y a su expresión concreta. El cristiano no cree en una trascendencia anónima, sino en el Dios que anuncia Jesús como salvación y misericordia infinita. La expresión «seguimiento de Jesús» manifiesta el sentido último de la fe cristiana. La fe como contenido es, en su esencia, la historia de Jesús, el Cristo, como punto culminante de la Historia de la Salvación, transmitida, reflexionada e interpretada por la Iglesia a lo largo de los siglos.

#### *La fe cristiana: acto del hombre y don de Dios*

En las relaciones humanas hacemos no pocas veces la experiencia de que el amor que sentimos o expresamos es respuesta a un amor, a una confianza que se nos ha otorgado primero. No siempre es así, pero esta experiencia es real. En el Antiguo y Nuevo Testamento comprobamos cómo la fe del hombre es siempre respuesta al amor, a la misericordia, a la gracia de Dios, revelada de forma definitiva en Jesucristo. Desde la experiencia de la presencia de Dios en la vida del creyente, éste abre los ojos a la realidad de un amor, que lo amó primero y desde siempre. El cristiano se siente inmerso en un plan eterno de salvación, que, sin bloquear su libertad y responsabilidad, le precede desde siempre. La gracia de Dios, su amor infinito, lo ilumina y acompaña en el camino hacia la opción de fe, como decisión humana libre y razonable. Esta ha sido siempre la conciencia de la Iglesia, a partir de la reflexión sobre la palabra de Dios, y lo expresa

solemnemente en los concilios Vaticano I<sup>1</sup> y Vaticano II en su constitución sobre la revelación de Dios (n. 5).

Los cristianos pensamos que el hombre encuentra a Dios, si Dios se deja encontrar por el hombre: el misterio de Dios es inaccesible a nuestras posibilidades humanas, si la gracia de Dios no nos abre el camino hacia el encuentro con él. Sin embargo, esto no significa que nuestra libertad sea pisoteada. El sí o el no dependen de nuestra voluntad, pero serán siempre la respuesta a un amor que desde siempre nos amó. Expresándolo con una imagen aproximativa para aclararlo un poco: mi existencia es posible porque ya antes existía el sol. Sin él, no tendría vida, ni podría ser libre. Y sin embargo, ese sol no bloquea ni determina ahora mi libertad.

*¿Es necesaria la Iglesia para la fe?*

No resulta fácil hablar de la Iglesia. Se dan con cierta frecuencia actitudes de rechazo frente a la Iglesia y se escuchan duras críticas sobre algunos aspectos de su realidad histórica o de su doctrina. Así, se cuestiona la necesidad de someterse a una tradición o a un magisterio obligatorio, o se tiene la sospecha de que la Iglesia es una simple estructura de poder o una organización burocrática, que manipularía sistemáticamente a las personas. Hay que reconocer que en la historia del cristianismo ha habido escándalos, errores, injusticias, pero nadie puede cerrar los ojos ante la grandeza de muchos cristianos (de algunos conocemos sus nombres, de otros no) que han sido auténticos testigos del amor de Jesús entre los hombres de su época. Y estos cristianos, nobles y comprometidos, han vivido dentro de la Iglesia y en su nombre han hecho el bien a la humanidad.

Sin la Iglesia no sería posible la experiencia vital de la fe, como entrega absoluta a Dios Padre, revelado en Jesucristo, por la fuerza del Espíritu: la salvación de Dios ha llegado a nosotros por la mediación de la Iglesia. Ella es para el cristiano la madre de la fe, porque ella es la portadora de la revelación cristiana y el último sujeto de la fe. De ella la recibimos. Por eso, la experiencia de la fe, como decisión personal y libre, sólo es posible por la Iglesia y en la Iglesia, como comunidad de creyentes que, a través de la historia como tradición viva, ha mantenido la fidelidad a la experiencia original y normativa de la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Como la vida humana no es viable sino en el seno de una comunidad que transmite sus creencias, sus valores, sus símbolos, sus instituciones y tradiciones por medio del lenguaje, así la fe tiene necesidad de la comunidad de los creyentes, en el lenguaje en el que se expresa y se hace real y cercana para cada generación. Una experiencia cristiana viva no es posible sin la Palabra de Dios,

---

<sup>1</sup> Cf. H. DENZINGER - A. SCHÖNMETZER, *Enchiridium symbolorum*, 3010.

anunciada y meditada en el seno de la Iglesia, sin las instituciones eclesiales que hacen presente el carisma original, sin la celebración de los sacramentos, sin la reflexión moral en cada momento histórico, sin la realidad de una fraternidad, limitada y a veces conflictiva, pero imprescindible como signo de autenticidad y de credibilidad. Y la Iglesia, en actitud permanente de fidelidad y de creatividad, ha de mantener la revelación cristiana en su integridad, transmitiéndola, no como una fórmula muerta, sino como una palabra viva, que ilumina todo momento histórico. Y para eso ha de tender un puente entre la revelación y cada generación cristiana, para no repetir de forma mecánica las palabras de siempre. Es preciso traducirlas, conservando su propia verdad e intentando hacerlas inteligibles al hombre concreto de cada tiempo.

*¿Es razonable creer en Dios, revelado en Jesucristo?*

¿Por qué creo en Dios? ¿Por qué quiero a mi amigo? ¿Por qué me he casado con esta mujer? Estas y otras preguntas de nuestra vida no tienen una respuesta simple. Ni el amor, ni la amistad, ni la fe en Dios se pueden demostrar. O dicho de otra forma, ninguna de esas realidades es el final de un silogismo, la conclusión apodíctica de una demostración. No tenemos «pruebas», en el sentido estricto de la palabra, sino que en esas experiencias manejamos signos e intuiciones que han de ser interpretados responsablemente. En la amistad, en el amor o en la fe, nos decidimos por alguien porque tenemos razones. Pero esas razones no desembocan en una conclusión racional, sino en una decisión razonable.

En esas opciones, tan trascendentales para nuestra existencia, conseguimos una seguridad vital a través de lo que se suele llamar una «convergencia de razones». Posiblemente ninguna de ellas, en sí misma, tendría la fuerza para llevarnos a una decisión definitiva. Observando esas experiencias humanas privilegiadas del amor, de la amistad o de la fe en Dios, reconocemos un proceso interior, no siempre consciente, en el que diversas razones van convergiendo hasta ofrecer una base sólida, como fundamento para una decisión libre. Esta decisión no es, por tanto, algo caprichoso o irracional, ni tampoco es únicamente el fruto de una demostración de carácter racional. Es una decisión razonable, en la que ciertamente corremos un riesgo. Pero ese riesgo no invalida la seguridad vital (y el gozo...) que experimentamos cuando afirmamos: «Yo te amo con toda mi alma» o «Yo me fío de ti porque eres mi amigo».

Sin embargo, subsiste una inquietante cuestión: a mi amigo lo veo y lo toco, ¿y a Dios? ¿Es razonable creer en alguien a quien no puedo ni ver ni tocar? En la fe nos hallamos ante un misterio que se nos escapa de las manos. ¿Y en el amor? También nos encontramos con el misterio del otro... que se nos escapa de las manos. ¿O es que la presencia física o el signo visible (como un beso...) son garantías definitivas de la verdad y profundidad de ese amor? ¿No hay ausencias

más vivas que muchas presencias físicas? También en la amistad o en el amor, en las experiencias humanas interpersonales, nos topamos con la necesidad de la fe humana. La última y decisiva razón de un amor es que «me fío de la persona, que no me va a traicionar». Lo tangible consuela los sentidos...; sin embargo, «lo esencial es invisible a los ojos», como dice el zorro en *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. En el fondo, todo lo decisivo en la vida es cuestión de fe.

En el caso de la fe cristiana en Dios, el creyente comprueba desde la experiencia concreta que en un largo proceso interior, condicionado por las diversas fases de la vida y por las circunstancias de su contexto, se ha ido generando una «convergencia de razones» que ha creado la base firme para la solidez de su decisión de creer. Las razones que van convergiendo no son las mismas en todo cristiano. Pero sí hay razones que aparecen siempre, de una u otra forma: el entorno, Jesús y el Dios del que da testimonio, el significado de la fe para mi vida. En nuestras biografías se dan realidades históricas, familiares y sociales que facilitan el acceso a la fe. Lo podríamos llamar el «entorno creyente»: la familia, la tradición cultural, social y religiosa en la que voy madurando, las personas que me van abriendo los ojos a la realidad de la vida y de la fe (mis padres, mi abuelo o mi abuela, mi profesor de religión, mi catequista, aquel cura, aquella amiga de la adolescencia...). Este «entorno creyente», con sus más y sus menos, con sus aciertos y desaciertos, es un condicionamiento, en su conjunto, favorable para ir abriéndome a la experiencia de la fe. Nuestra libertad humana no es una libertad absoluta. Es una libertad condicionada por la herencia genética, familiar, social, cultural. No siempre esta herencia es positiva para la opción creyente. Pero es un factor importante a tener en cuenta.

La razón principal para la fe cristiana es Jesús. En él descubrimos la pasión por Dios y la pasión por el hombre. En su existencia comprometida con los marginados de la sociedad judía, en su relación única y original con Dios, en su libertad, en su compasión, en su mensaje y en sus obras, en su actitud ante el fracaso y ante la muerte, Jesús nos muestra el rostro de Dios, que en su ternura y misericordia acoge y perdona sin condiciones y ofrece la salvación a todo aquél que la busca sinceramente. El Dios que anuncia Jesús es un Dios que nos acompaña y nos sostiene, que respeta tanto la libertad humana, que nos desconcierta y confunde cuando mantiene silencio ante el sufrimiento de los inocentes, ante el sufrimiento de Jesús. En su resurrección se nos desvela, por la fe, el sentido último de su vida y de su muerte, de la vida humana y de la historia. Jesús ocupa un lugar exclusivo en ese proceso de «convergencia de razones» hacia la decisión responsable de la fe en Dios.

Y en esa fe descubro las claves para descifrar e interpretar el enigma de la existencia, para darle un sentido a la complejidad que nos rodea. Pero no conviene olvidar que la fe es consuelo, pero no huida de la realidad, que la fe es respuesta que no agota en nuestra historia todas las preguntas, que la fe es luz

que no disipa todas las oscuridades.... La fe, como el amor, no es la receta mágica para mis problemas de cada día, pero me ofrece la fuerza, el sentido, la perspectiva global desde la cual puedo vivir en que la última palabra que se pronuncie sobre mí y sobre todo ser humano, será una palabra de vida y de salvación.

La «convergencia» de estas razones y de otras más personales y puntuales me brinda una base sólida, que sostiene una decisión libre. La razonabilidad de la fe es la garantía de mi libertad y de mi responsabilidad. Al mismo tiempo, soy consciente de que, en el fondo, siempre he sido misteriosamente guiado, sostenido e iluminado por la gracia, por el amor de Dios. Como decíamos antes, encontramos a Dios, si Él se deja encontrar. O mejor expresado: si, desde mi libertad, me dejo conducir por el Espíritu a ese encuentro. El centro, el fundamento y la meta del acto de fe es Dios, revelado en Jesucristo como misericordia infinita. También en la experiencia del amor humano comprobamos que hay razones (simpatía, bondad, belleza, inteligencia...) que nos atraen e impulsan hacia el encuentro personal con alguien. Pero, desde el amor ya hecho realidad, descubrimos con gozo que el único y definitivo motivo de mi entrega es la persona en sí, y no simplemente sus cualidades, que sí pueden mostrar a los demás la razonabilidad de mi opción.

### *¿Cómo ser testigos de la fe en Dios hoy?*

Nuestra misión hoy debería consistir en ser testigos de la verdad cristiana en una época de búsqueda e incertidumbre. Nuestra condición humana en este momento de la historia nos hace ser testigos humildes de la verdad, abiertos al diálogo y al encuentro con el otro, porque su verdad, «semillas del Verbo» en la antigua interpretación cristiana, puede ayudarnos a profundizar en la Palabra definitiva sobre el hombre, que Dios ha pronunciado en Jesús, el Señor, según nuestra convicción creyente.

Pero la propia experiencia de fe ha de ser purificada, vertebrada, articulada intelectual y vitalmente, si quiere responder con garantías a los desafíos de la hora presente. No sería acertado buscar refugio en una fe sociológica, como herencia familiar y social, que nos mantuviera supuestamente al abrigo de la inseguridad ambiental en una subcultura católica, «conservadora» en el sentido original y no peyorativo del término.

En el seno de nuestra sociedad pluralista la opción creyente ha de ser objeto de elección personal, sin caer en subjetivismos e intimismos que hagan de ella una «religión a la carta»: sólo una fe radicada en la comunidad eclesial podrá tener la pasión misionera para encarnarse en nuestro mundo de hoy, sin miedos paralizantes y manteniendo su específica originalidad. Consciente de caminar «a la intemperie» el cristiano descubrirá con más profundidad la gratitud de Dios

y su presencia misteriosa, que nos sostiene y alienta, respetando nuestra libertad como protagonistas de la historia.

La situación actual nos hace redescubrir el papel esencial e insustituible que tiene la Iglesia para la fe: esta comunidad de creyentes ha mantenido a lo largo del tiempo la experiencia salvadora de Jesús. En ella han convivido inquisidores y santos, hombres perversos y seres humanos entregados hasta la muerte al servicio de los demás. Se puede comprender que haya reacciones de rechazo frente a la Iglesia. Toda realidad histórica cae bajo las sombras de la ambigüedad. Pero ¿qué sería de este mundo si esa comunidad, guiada y sostenida por el Espíritu de Dios según la confesión cristiana, no hubiera sido fiel a la memoria y presencia de Jesucristo a través de los siglos? La Iglesia es el símbolo de la salvación de Dios en la historia. Un símbolo humanamente frágil como todos los símbolos. Pero ¿cómo podríamos adentrarnos en el misterio de la realidad o en el misterio del corazón humano, cómo podríamos hablar del amor o de la esperanza, si renunciamos a los símbolos?

Como testigos de la fe cristiana, tenemos que plantearnos «estrategias de comunicación», que abran caminos hacia la verdad y la salvación. Pero si sólo respondemos al evidente deseo de seguridad, si utilizamos métodos que menoscaban la libertad, si maniobramos sobre las conciencias, aprovechando la situación de emergencia en la que nos encontramos, si no hacemos una interpretación de la fe, fiel al origen normativo e inteligible para el hombre de hoy, estaremos traicionando los anhelos auténticos del corazón humano y cercenando el contenido y el sentido de la verdad cristiana.

Por tanto, no sería coherente imitar o reproducir en el seno de la Iglesia y en su relación con la sociedad mecanismos de poder y de presión que son utilizados en la lucha por intereses políticos y económicos. La salvación cristiana no se puede imponer de forma coactiva, sino que se ha de presentar como una oferta que respeta la libertad. La comunicación de la fe debe estar apoyada en la propia credibilidad, avalada por un compromiso serio por la dignidad del hombre.

La Iglesia debe seguir narrando su historia de siempre: «Jesús es el Señor, es el único Señor». Frente a ídolos y demonios desencadenados (racismo, xenofobia, nacionalismos excluyentes, fundamentalismos, fanatismos, violencia y marginación...), frente a las instancias anónimas de la política y de la economía, confesar a Jesús como único Señor de nuestra persona y de nuestra historia relativiza todo poder que tienda a imponerse como absoluto y libera el corazón para la lenta y esperanzada tarea de la fraternidad humana.